



# Cuento

DE OSCURO CUERPO

Laura Hernández Sadurní

*para Andrea*

**B**ien sabes lo que voy a decirte, aun cuando jamás te he hablado de ello. Si hoy me atrevo a pronunciar en voz alta eso que hemos guardado en silencio, es porque estas palabras son las únicas que me restan para comprometerme indisolublemente contigo.

Es cierto que incontables veces he recorrido tu piel oscura y suave con mis labios. Pero más allá del placer de sentir tu cuerpo sensual y cálido en mi boca, frente a ti regreso a ese tiempo durante el cual éramos libres de imaginar, de construir lugares en donde se pueden hallar sensaciones que la realidad nos niega.

Todavía no sé de dónde proviene esa cualidad tuya de introducirme a otros mundos, tal vez sea el aroma dulce y fuerte que despide tu cuerpo desnudo lo que me exalta; o quizá sea porque nunca hablas, y en ausencia de tu voz, nadie interrumpe mis devaneos. Es en esos instantes cuando recuerdo lo que alguien dijo de ti: “en su color se encuentra la zarpa de satanás, pues lleva dentro la idea del vicio y el libertinaje”. Si así fuera, si de ahí surge el hechizo que provocas, igualmente me entregaría a las

lenguas voraces del infierno.

No desconoces mis múltiples intentos por dejarte, sólo por complacer a Marcelo, que en muchas ocasiones me lo pidió. Al principio a él le resultaban divertidos nuestros encuentros: sabía que muchos se enamoran de tus cualidades, y mientras los otros eran incapaces de confesarlo —pues lo escondían como una insana pasión—, para él era gracioso que su mujer evidenciara esa preferencia.

Con el tiempo advirtió mi incorregible obsesión por estar la mayor parte del día contigo; fue entonces cuando comenzó a pedirme que renunciara a ti. Yo acepté, tanto como pude, el tormento de abandonar el éxtasis de tu voluptuosa presencia; sin embargo, era poco lo que podía soportar lejos de los mundos a los cuales me inclinaste. Siempre regresé a tu lado.

Hay hechos cuyo destino es insoslayable. Todo sucedió de la única manera en que podía haber sido. Tú y yo lo sabemos, por eso no creo en la culpa y, conociéndote, sé que en ti tampoco existe el remordimiento. En el acto consumado de envenenar a Marcelo nos une la complicidad. No hubo otra solución.

Cómo olvidar aquella última tarde cuando se acercó diciendo que mi distancia con el exterior era cada vez mayor. Había tenido la esperanza de que esta “inexplicable relación” contigo fuera otro de mis juegos, pero pronto descubrió su error. Repitiendo una y otra vez su amor por mí —algo que no puse en duda—, argumentaba la necesidad de ayudarme a entender mi desierto. “Aún hoy, no logro saber qué sucedió para que te recluyeras en ese arbitrario aislamiento. ¿Qué fue?”, me preguntó. Sin conceder tiempo a la respuesta dijo que los hechos del pasado ya no le importaban y que había de-

cidido que nos iríamos por algunos meses a un lugar hermoso y apacible donde yo, lejos de ti, pudiera pensar con claridad y poco a poco conseguir librarme de lo que él llamó tu perniciosa influencia.

El profundo pozo de silencio que se abrió entre Marcelo y yo fue insuficiente para lograr recuperarme de la amenazante noticia recibida; sin embargo, reconstruyendo pedazos de paciencia comencé a decirle: “Han sido tantas las veces que hemos ahondado en este tema, y la inutilidad de haberlo hecho queda demostrada en tu impotencia para aceptar la verdad. Me has confesado que mi desenfrenada imaginación, al igual que mis extrañas debilidades, te provocaban un irresistible atractivo. Esto resulta verdadero a condición de que “mis juegos”, como los llamas, no traspasen los límites de lo establecido por ti —hombre de claro raciocinio—, como razonable. Por consiguiente, si excedo las fronteras permitidas me convierto en una confusa mujer a quien se le debe brindar ayuda para recuperar la razón.

Pero tu proceder no me sorprende, como tampoco me extraña reconocer —pues nunca he dejado de saberlo—, que aquello, que en la primera edad nos abre la puerta para penetrar flotando a escenarios fantásticos, nos ofrece, después, la guadaña para matar a la quimera y aceptar sólo la madura realidad. También se conoce el censurado destino de quien se niega a cometer el crimen.

No es falso que mi total alejamiento comienza con el inicio de “la otra relación”, ni que sólo a través de ella recordé que mi guadaña no había sido usada. Que las verdades de la imaginación eran, con ella, posibles. “Eso me reconcilia conmigo misma.”

Entonces fijé mis ojos en su rostro;

por primera vez pude ver los surcos que lo cruzaban y me pregunté si yo habría contribuido a profundizarlos. Accedí a hacerle la promesa. Mi única petición fue que me concediera una noche más en tu compañía. Terminada la plática con Marcelo, te avisé mis intenciones. Tú aceptaste ser mi cómplice.

Más tarde, al despojarte de los exóticos ropajes que acostumbras usar, pude sentir tu piel más tersa y amoldable que nunca. Luego de besarte me quedé mirando cómo, lentamente, te disolvías en aquel tibio y blanco líquido. La fuerza de tu color cubrió la insipidez láctea, y entre tu aroma y tu sabor amargo quedó oculta otra sustancia.

Sobre la mesa, dos jarras individuales nos esperaban. La mía plateada, la de Marcelo blanca. Servir nuestras bebidas, a la hora de la cena, así, por separado, era una rutina surgida de mis juegos.

Observaba al hombre que era mi marido sentado frente a mi y recordé los años que había vivido con él. Siempre supiste que yo lo amaba; desde un principio fui honesta contigo y también con él. Jamás le mentí, ni siquiera cuando lo miré beberte pensé en el engaño. Yo le hice una promesa horas antes: esa noche iba a ser la última en que él me vería cerca de un chocolate.

